

RAJOY GANA

A unos ciudadanos agobiados por el desempleo les atrajo más un político sereno e integrador. Para Rubalcaba, su intervención frente a Rajoy supuso un pinchazo más de su campaña electoral

EL debate televisado entre Mariano Rajoy y Alfredo Pérez Rubalcaba mantuvo las pautas de la precampaña y de la campaña electoral. El líder del PP fue coherente con su estrategia de evitar la confrontación personal, para ofrecer a los electores una alternativa realista, fiable y ajena a la discordia. En última instancia, Rajoy demostró ayer que su opción es no secundar la forma de hacer política que tiene hastiados a los ciudadanos. Por su parte, Pérez Rubalcaba fue también congruente con el nivel de sus expectativas electorales y con su responsabilidad solidaria en la gestión de la crisis, junto a Rodríguez Zapatero. El candidato socialista perseveró en echar culpas a EE.UU., a Grecia y a la «burbuja inmobiliaria» creada, por supuesto, en tiempos de Aznar. Y no abandonó el sesgo demagógico de sus críticas al PP. Pero la fórmula del «dóberman» chocó esta vez con la realidad del país. Y si ya le sucedió a González en 1996, con más motivo le resultó imposible ayer a Rubalcaba sobreponerse al paro de cinco millones de personas, a la juventud más desempleada de la historia reciente de España y a tantos otros datos dramáticos sobre los efectos de una crisis que está empobreciendo insólitamente a nuestro país. Datos que Rajoy supo exponer con acierto y precisión.

El eje del discurso de Rubalcaba fue, de nuevo, la deslegitimación de la derecha como opción política antisocial, objetivo que explica la resucitación de personajes como Alfonso Guerra, carnaza verbal para la claque socialista; o de Felipe González, superado por la historia para cientos de miles de jóvenes que ahora sólo viven el desempleo masivo creado bajo los mandatos socialistas. El candidato del PSOE no hizo propuestas de gobierno que no hubiera podido aplicar mientras fue vicepresidente, sólo lanzó eslóganes de mitin, procurando sembrar la desmemoria sobre su participación en los gobiernos de Zapatero. Pero Rubalcaba no pudo borrar su pasado durante el debate. Su voto a favor de los recortes sociales es hoy la prueba de cargo de su doblez cuando reprocha al PP la política de austeridad

en las comunidades autónomas en las que gobierna. Su oratoria se convirtió en locuacidad, sus interrupciones en gestos de crispación. Era la imagen de un candidato nervioso que dio por hecho que Rajoy será presidente.

Rajoy sólo tenía que afianzarse en su papel de candidato alternativo y ratificarse en el mensaje de que su único adversario es la crisis. Aisló a Rubalcaba en una posición defensiva cuando le recordó todas las medidas de recorte aprobadas por el Gobierno socialista —pensiones, cheque-bebé, salarios públicos— y que no estaban en el programa electoral 2008. A unos ciudadanos agobiados por el desempleo y el desánimo, les atrae más un político sereno e integrador, que otro que pide pelea, como hace, literalmente, Rubalcaba. Rajoy no incurrió en más críticas personales que las necesarias para replicar las que había recibido. Renunció a crear tensión y se centró en cifras, porcentajes y compromisos.

En el manejo de los temas que se debatieron, cada candidato reiteró los mensajes conocidos. Es decir, pasó lo que menos convenía a Rubalcaba, hábil en cuanto a la tergiversación de mensajes y argumentos y carente de ofertas propias creíbles. En materia de empleo, Rubalcaba se enredó en insistentes requerimientos a Rajoy sobre aspectos del programa del PP, que fueron desechados por el candidato popular con datos abrumadores sobre la responsabilidad del Gobierno socialista en el paro y la crisis. Las políticas sociales —sanidad, educación y pensiones— dieron a Rubalcaba el terreno propicio para insistir en sus ataques al PP, pero con inexplicables críticas a la sanidad y la educación privada. Sin embargo, Rajoy no renunció a entregar a la izquierda la bandera de la solidaridad y reiteró solemnemente su compromiso con la actualización de las pensiones y la financiación pública de la sanidad, desarbolando el discurso del candidato socialista sobre el miedo a la derecha.

El PSOE ha vivido el debate como la única baza que le quedaba y confiaba en que revelara las habilidades polemistas de Rubalcaba, junto a una imagen plana de Rajoy. Más allá de la consabida agilidad dialéctica de Rubalcaba, el debate no ha supuesto un punto de inflexión. Para Rubalcaba no había opción siquiera al empate. Por eso, su intervención ayer, frente a Rajoy, supone un pinchazo más de su campaña, asentada en errores de táctica, de

mensaje y de compañeros de tribuna. Rajoy sale reforzado porque no perdió y por sus propios méritos, como la serenidad y el conocimiento de la realidad. Es probable que el PSOE no haya ganado abstencionistas, ni convencido a indecisos y menos aún arrebatado a votantes decididos por el PP. El debate le habrá dado al PSOE, en el mejor de los casos, una suma cero. Y esto supone sentenciar el 20-N a favor del PP.

El líder del PP salió reforzado del debate, por sus conocimientos de la realidad y sus propuestas, mientras Rubalcaba hizo un discurso de jefe de la oposición